

Aventuras en el Far West

Los mineros de Alaska

Aventuras entre los pieles rojas

La Soberana del Campo de Oro

Emilio Salgari



Aventuras en el Far West

Emilio Salgari

An omnibus compilation of three titles:

Los mineros de Alaska

Título original: *I minatori dell'Alaska*

First published in Italian in 1900

Aventuras entre los pieles rojas

Título original: *Avventure fra le pellirosse*

First published in Italian in 1900

La Soberana del Campo de Oro

Título original: *La Sovrana del Campo D'oro*

First published in Italian in 1905

Translation Copyright © 2016 ROH Press

Cover: *The Last Stand*, Laurence Herndon, 1922

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including photocopying, recording, taping, or by any information storage retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

Nuestros títulos en español

Todas las aventuras de Sandokán (I)

Los tigres de Mompracem
Los misterios de la Jungla Negra
Los piratas de la Malasia

Todas las aventuras de Sandokán (II)

Los dos tigres
El *Rey del Mar*
A la conquista de un imperio

Todas las aventuras de Sandokán (III)

La venganza de Sandokán
La reconquista de Mompracem
El falso brahmán
La caída de un imperio
El desquite de Yáñez

La trilogía del Corsario Negro

El Corsario Negro
La Reina de Los Caribes
Yolanda, La Hija del Corsario Negro

Aventuras en el Far West

Los mineros de Alaska
Aventuras entre los pieles rojas
La *Soberana del Campo de Oro*

[Búscalos en Amazon.com](#)

[Búscalos en Amazon.es](#)

Los mineros de Alaska

Capítulo 1

El herido

—¡ALERTA!

—¡Cuerno de bisonte!

—¡Levántate, Bennie!

—¿Arde la pradera?

—No.

—¿Se escapa el ganado?

Un clamor ensordecedor, mezcla de aullidos estridentes, de ladridos y mugidos, estalló de súbito en lontananza, rompiendo de pronto el profundo silencio reinante en la inmensa pradera que se extiende desde el Pequeño Lago de los Esclavos casi sin interrupción hasta el río Athabasca y al pie de la gigantesca cadena de las Montañas Rocosas.

Se oían gritos aulladores de hombres, ladridos de perros, mugidos de bueyes espantados.

—¿Qué sucede, Bennie?

El llamado así no respondió; se había puesto en pie bruscamente, echando a un lado la manta que le cubría, y, asiendo la carabina de percusión central que yacía a su lado, se lanzó fuera del enorme carro.

La pradera estaba sumida en densas tinieblas, no alumbrándola ni luna ni estrellas. Sólo acá y allá brillaban como olas de puntos luminosos que descendían y se elevaban caprichosamente, trazando líneas de plata o verde pálidas de fantástico efecto.

Sin embargo, en torno del carro se divisaban masas negras en gran número, mugiendo, aullando y buscando refugio junto al monumental vehículo, contra el cual chocaban confundidas.

— *By god!*¹ —gruñó el que salía del carro, preparando un fusil

¹ By god!: Voto inglés semejante a nuestro «¡pardiez!».

como si temiese un ataque imprevisto—. ¿Qué sucede en la orilla del río?

Sonó una detonación de aquella parte; una detonación seca, muy distinta de la de una carabina.

—Ha sido un tiro de *Winchester*, Bennie —exclamó una voz tras él.

—Sí, Buck.

—El arma favorita de los indios.

—Tienes razón.

—¿Habrán desenterrado el hacha de guerra esos condenados pieles rojas?

—Lo ignoro, Buck; pero te aseguro que a la orilla del lago sucede algo grave.

—¿Intentarán esos bandidos algún golpe de mano contra nosotros? Estas doscientas cabezas de ganado pueden tentarles, Bennie.

—Lo sé.

—Tanto más, cuanto que no deben de ignorar que estamos los dos solos.

—Es verdad.

—¿Oyes?

Los gritos, que por algunos instantes habían cesado, estallaron de nuevo hacia el Norte, donde se divisaba confusamente una línea bastante oscura, quizá algún bosque; y a la gritería siguieron primero varios disparos aislados y luego verdaderas descargas.

Se distinguían las detonaciones de los *Winchesters* de repetición, las más sonoras de los rifles, y tal cual más breve de revólveres, como si se libraba en las tinieblas un furioso y encarnizado combate, indudablemente entre indios y blancos.

—¡Satanás! —gritó Buck impaciente—. ¡Allí están luchando! ¿Vamos a ver lo que sucede, Bennie?

—¿Y el ganado que nos ha confiado el señor Harris? Si a la vuelta no le encontrásemos...

—¡No se escapará, Bennie!

—Por sí solo, no, naturalmente; pero si lo hacen huir esos malditos pieles rojas...

—Si están ocupados allá, no pueden hallarse acá.

—¡Hum!... ¡Son tan astutos!...

—¿Y qué?

—Que quizá fingen que se baten para acercarse y robarnos.

—¡Hum!

—¿No lo crees?

—¿No oyes los disparos de revólver? Los indios no han tenido nunca armas de esa clase. ¿Qué hacemos?

—Estate tú aquí, y yo iré a ver lo que pasa.

—Vas a hacerte arrancar la cabellera.

—¡Bah! ¡El *Nube Roja* me conoce!

—¡Sí; fíate de ese *sachem*²!

A todo esto, los gritos se habían hecho tan agudos, que los dos amigos casi no podían entenderse, y las detonaciones de las tres armas mencionadas se sucedían sin interrupción, armando ensordecedor estruendo.

No cabía duda; en el bosque de la ribera del Athabasca se libraba rudo y sangriento combate.

¿Eran dos tribus de indios que luchaban entre sí para procurarse cabelleras que llevar como trofeo a la aldea para adornar sus *wigwams* (tiendas), o un asalto a alguna colonia de emigrantes procedentes del Oeste? Esta segunda hipótesis era más probable que la primera, pues en los tres meses que Buck y Bennie llevaban morando en aquella parte de la pradera, nunca habían visto aparecer tribu alguna contra los famosos guerreros de *Nube Roja*, el jefe de los *crow* y de los *atsina*.³

El furioso tiroteo duró cinco minutos casi sin interrupción, aterrorizando a caballos y bueyes refugiados en torno del carro; luego cesó bruscamente.

² Sachem: Jefe supremo de la tribu entre los indios, y por extensión, cualquier anciano o jefe del consejo.

³ Atsina: tribu de nativos americanos también conocidos como los *gros ventres* (del francés, «gros ventre», que en español significa *barriga grande*).

Todavía se oyó a lo lejos, y de vez en cuando, algún disparo aislado; mas al fin cesaron todos los rumores, y el silencio más absoluto recobró su imperio en la gran pradera.

—¡Satanás! —exclamó Buck, que había escuchado vivamente emocionado —. ¡Se acabó!

—¡No quisiera haberme hallado en la piel de los vencidos! —murmuró Bennie—. Los pobres diablos habrán sufrido todos la horrorosa operación de arrancarles la cabellera. Esos guerreros de *Nube Roja* parece que hacen colección.

—¡Mucho ojo, Bennie!

—¿Temes algo?

—Los indios ensoberbecidos por su victoria, pudieran emprenderla con nosotros.

—No sería extraño. Y estando los dos solos...

—Y lejos de todo centro habitado.

—¡Montemos a caballo, Buck! Estaremos más seguros en nuestros corceles que en el carro. Desde luego, podremos distinguir al enemigo a distancia y evitar que nos sorprenda echándose encima de improviso. ¡Ah! ¡Si ya lo decía yo! ¡No puede uno fiarse de esos farsantes! ¡La pipa de la paz! ¡Bah! Antiguamente, el que había fumado una vez el *calumet* con los pieles rojas podía considerarse amigo, pero ahora... ¡A caballo, Buck! Comienzo a no creerme muy seguro. ¿Tienes tu revólver?

—Y mi machete.

—¡Perfectamente!

El llamado Bennie lanzó un silbido breve y sonoro; su compañero le imitó.

Entre los animales agrupados estrechamente alrededor del carro se produjo cierta confusión; parecía como si algunos quisieran romper las filas vivas que los rodeaban y encerraban; luego se vio separarse de la masa de bueyes y caballos hacinados dos bultos gigantescos que se lanzaron, relinchando, en dirección de nuestros amigos.

Eran dos magníficos potros de la pradera, de cabeza chica, pequeños, vigorosos, de piernas delgadas y nerviosas, de ancha grupa y cola tan larga, que casi les llegaba al suelo. Dos

preciosos ejemplares.

Estos caballos, que todavía abundan mucho en las vastas praderas del oeste de Norteamérica, lo mismo que los que pueblan las pampas sudamericanas, se hallan en estado salvaje, y son fuertes, resistentes e incansables, no obstante su menguada estampa.

Descendientes de los importados por los españoles en América poco después del descubrimiento y conquista de aquel inmenso continente, se multiplicaron de tal manera, que en quince o veinte años se diseminaron por toda la superficie del Nuevo Mundo, formando, en libertad, una raza que substituyó a la indígena, la cual desapareció misteriosamente, no sé si por obra de los indios o por alguna epidemia.

Los dos potros, ya domados, acudieron obedientes al silbido de sus dueños, y acariciaron con su hocico las espaldas de ambos amigos, lanzando un prolongado relincho.

—¡A caballo! —mandó el llamado Bennie.

De un admirable salto, y sin apoyarse en los estribos, ambos montaron, empuñando las riendas y tratando de descubrir con la mirada lo que sucedía en el confín del horizonte.

—¿Ves algo, Bennie? —preguntó Buck después de algunos instantes de silencio.

—Absolutamente nada. Parece que la pradera ha recobrado su tranquilidad.

—Si nos llegásemos hasta la orilla del río...

—¡Hum! ¿Tú crees...?

—Tengo curiosidad de saber lo que ha ocurrido allá.

—Lo primero para mí es no perder el ganado, Buck. ¿Quién me asegura que los pieles rojas no están espiándonos, con la esperanza de ver que nos alejamos?

—¡Bah! Y si los indios cayesen sobre nosotros para robarnos el ganado, ¿quién se lo impediría, Bennie? Dos carabinas son muy poca cosa para contener a esos arrancadores de cabelleras.

—Ya lo sé; pero, sin embargo, prefiero estarme aquí, Buck. Mañana, al alba, una vez seguros de que la pradera está desierta, iremos a ver lo que ha pasado en la ribera.

—¿Habrá habido un verdadero combate?

—No me cabe duda, Buck.

—¿No habrá sido una falsa alarma, una treta para alejarnos de aquí?

Bennie iba a responder cuando se oyó a lo lejos un aullido estridente, mezcla de triste y lúgubre.

—¿Has oído, Buck? —preguntó Bennie, alargando la cabeza como para oír mejor.

—¿El aullido de un lobo?

—Sí; pero ¿sabes lo que significa?

—Que ese voraz animal ha topado con cadáveres que le sirven de pasto.

—Indudablemente, Buck. En la ribera del Athabasca se ha librado un combate, y los lobos se preparan a proporcionarse un festín con las víctimas.

—¡Sólo de pensarlo me dan escalofríos, Bennie!

—¡Bah! ¡Porque eres novato en la pradera! Cuando seas veterano en estas sabanas del Gran Oeste... ¡Ah! Yo he visto muchas otras escenas, y he luchado con lobos mucho más voraces. ¡He presenciado verdaderos horrores en la pradera!

Al primer aullido que había resonado en la lejanía pronto sucedió otro, y luego un tercero, seguido por un cuarto y un quinto.

Los ladrones de cuatro patas, atraídos por el olor de la carne fresca, llamaban a sus compañeros para que disfrutasen del banquete y rematar a los heridos que hubiera entre los cadáveres.

—¡Bennie! —exclamó emocionado Buck—. Si hubiese entre las víctimas algún herido a quien pudiéramos salvar... ¿No podríamos sustraer a alguno de los dientes de los lobos?

—Sí, puede que haya algún herido; pero ¿en qué estado lo hallaremos? ¿Crees que los indios no le habrían arrancado la cabellera?

—Pero he oído decir que no todos los hombres que padecen tan horripilante operación mueren.

—Cierto; y yo he visto a varios que han vivido aún muchos años. Mi amigo Tador, por ejemplo, vaquero del señor Wood, sufrió esa operación, y está sano y robusto, si bien de vez en

cuando padece fuertes dolores de cabeza, especialmente cuando cambia el tiempo.

—Ya ves, pues, que podríamos salvar a alguno.

—¡Hum! ¿Y los animales?

—Dentro de una hora apuntará el alba.

—No digo que no.

—Si los indios no se han aprovechado de las tinieblas para atacarnos, no se atreverán a hacerlo ahora que los astros comienzan a palidecer. ¿No oyes los aullidos de los lobos grises?

—Son los coyotes, Buck.

—También son peligrosos cuando se reúnen en gran número, Bennie.

—¿Y...?

—¿Vamos?

—¡Sí! —dijo Bennie, tras breves momentos de vacilación—. Pero hagamos primero una inspección para ver el estado de nuestros animales. ¡Desconfío mucho de los pieles rojas!

—Hagámosla.

Poniendo los caballos al galope, dieron una vuelta al amplio círculo en que se habían refugiado los animales, amontonándose en torno del carro y formando una masa enorme que se distinguía entre las tinieblas, reunieron los bueyes y los caballos, que se habían quedado algo apartados del montón, y continuaron dando vueltas cada vez más anchas y de mayor diámetro para convencerse de que no había indios acechando detrás de las altas hierbas.

Luego, persuadidos de la ausencia de los pieles rojas, dirigieron sus cabalgaduras hacia el Norte. Por aquella parte el horizonte hallábase limitado por una faja bastante oscura, que debía ser la linde de algún bosque.

Los astros comenzaban a palidecer lentamente, y de Oriente surgía una luz pálida que se difundía por el cielo.

Algunas avecillas se alzaban de entre los matorrales o bosquecillos, y describían en el aire caprichosos giros, lanzando de vez en cuando un trino como primer saludo al astro diurno que iba a aparecer, y los grillos, escondidos entre las altas

hierbas, comenzaban a interrumpir su monótono concierto.

En cambio, a lo lejos, hacia la ribera, resonaban todavía los lúgubres aullidos de los lobos y los tristes ladridos de los coyotes, verdaderos lobos de la gran pradera de la América septentrional.

Bennie y Buck cabalgaban con las piernas flojas para estar prontos al primer peligro a saltar a tierra, llevando preparadas las carabinas de percusión central, y mirando atentamente entre las altas hierbas que podían ocultar cualquier emboscada de los indios.

Ya hacía veinte minutos que galopaban sin haberse dirigido la menor palabra ni trocado la más mínima observación, temiendo a cada paso una sorpresa, cuando Bennie detuvo bruscamente su caballo, obligándole a doblar las rodillas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Buck, dispuesto a la ofensiva como a la defensiva.

—Mira allá, a la margen del bosque que bordea el río. ¿No ves nada?

—¡Calla, sí! ¡Cualquiera diría que es un carretón medio volcado!...

—Ayer no estaba.

—¡Ya se ve que no! Al mediodía estuve cazando por acá y no lo vi.

—Eso significa, Buck, que no se trataba de una falsa alarma, sino de un verdadero combate. Vamos a encontrarnos varios pobres emigrantes horriblemente mutilados.

—¡Vamos a verlo! ¿No ves los lobos agrupados en torno del carro?

—¡Sí; por cien mil cuernos de bisonte! —contestó Bennie arrugando el entrecejo—. ¡Esas sangrientas fieras están devorando los cadáveres!

Adelantemos con prudencia y con los fusiles preparados.

Espolearon ligeramente a sus caballos y adelantaron con toda precaución, observando atentamente tanto el carro como los matorrales próximos.

La luz, que aumentaba con rapidez, permitía percibir casi distintamente lo que había junto al bosque costero del

Athabasca. El carro era ya del todo visible; un carronato grande, macizo, pesado, de los que usan los emigrantes de las regiones orientales, verdaderas fortalezas ambulantes arrastradas por seis y a veces ocho pares de bueyes o de caballos.

El enorme toldo arrastraba por tierra medio roto, y el carro, bien por haber perdido una rueda o por haberse hundido en un bache o hendidura del terreno, estaba medio volcado hacia la derecha. Ante el vehículo yacían algunos caballos, sobre los cuales revoloteaban varios buitres.

Más allá se veía un grupo de quince o veinte animales semejantes a nuestros lobos, pero con hocico de zorros, pelo largo amarillento, cuerpo robusto y de sesenta a setenta centímetros de largo; eran los coyotes o «lobos de la pradera».

Al ver acercarse a los jinetes, se prepararon a retirarse, enseñando las fauces ensangrentadas y lanzando breves y continuados ladridos.

—¡Ah, diablo, condenados traga muertos! —gritó Bennie, amenazándoles con su carabina, en tanto que el caballo, espantado por los ladridos, se encabritaba.

—¡Mira! —exclamó en aquel instante Buck, refrenando su corcel y señalando a un bulto tendido en tierra.

—¿Qué?

—¡Un hombre a quien han arrancado la cabellera!

Bennie se había alzado sobre los estribos; se encorvó y se fijó en el hombre, alto y fornido, que yacía entre las altas hierbas, vestido de pana azul oscura, y ceñida al cuerpo una cartuchera llena por la mitad de cartuchos. Usaba botas altas de cuero sin curtir.

Se cubría el rostro ensangrentado con las manos. Su cráneo daba horror. Arrancada su cabellera con el cuero cabelludo con la habilidad y práctica común a los indios, en vez del pelo y la piel se veían cavidades, huesos y grandes coágulos de sangre.

—¡Indeseables! —gritó indignado Bennie.

—¡Y mira allá dos indios que cayeron uno sobre otro! —dijo Buck—. Lo que prueba que ese valiente no ha sucumbido sin lucha. ¡Qué horrible cosa, Bennie!

Ya iban a pasar adelante, cuando notaron que el desgraciado hacía un leve movimiento con una mano, y luego le oyeron murmurar débilmente:

—¡Agua! ¡Agua!

Capítulo 2

Mutilado por los pieles rojas

LA INMENSA PRADERA del Noroeste americano, lo mismo que la Pampa argentina, ofrece infinitos recursos a los ganaderos.

Aquellas inmensas llanuras, pobladas de altas gramíneas y de las suculentas hierbas llamadas por los yanquis *buffalo grass*,⁴ son el verdadero paraíso de los caballos, bueyes y bisontes, que engordan rápidamente, casi sin gasto alguno para los propietarios.

Lejos, por lo general, de los centros de población, y de propiedad exclusiva de los indios, que la consideran como sus «territorios de caza», los grandes ganaderos han imitado a sus colegas de la América del Sur, los argentinos, que confían sus caballos y sus bueyes a los gauchos, caballeros indómitos de la Pampa y por eso los americanos del Norte han creado sus *combos* (vaqueros). Unos y otros son «pastores de a caballo», audaces, batalladores, jinetes incansables, indómitos y de carácter altivo y violento.

Los *combos* norteamericanos reciben en consignación una partida de ganado y un carro, que contiene provisiones para cinco o seis meses; se internan en la pradera, acampan donde les parece, sin preocuparse de si lo llevará a mal la tribu india que se cree propietaria de aquel territorio ni de si su cabellera irá a adornar más tarde o más temprano la tienda de algún guerrero rojo.

Son gente sin escrúpulos ni temores, dispuestos a todo,

⁴ Buffalo grass: *Bouteloua dactyloides*, la hierba del bisonce

resueltos y audaces; a veces, cazadores de profesión, corredores de la pradera, aventureros; otras, hombres arruinados que han brillado en la sociedad más opulenta de alguna ciudad de la Unión; abogados, médicos llegados de ultramar y reducidos a la miseria; y hasta, de cuando en cuando, delincuentes que han sufrido condena, y aun escapados de presidio.

Siempre a caballo, jinetes admirables, o por lo menos incansables, sin otro cuidado que evitar que se extravíe el ganado que se les confía, sabiendo que cabeza que se aleja del rebaño pueden considerarla perdida, bien devorada por los lobos, que siguen pacientemente el ganado pronto a devorar los animales rezagados o los que, por las noches se alejan un tanto del campamento, los *cowboys* acampan donde hay mejor hierba y agua próxima, y su enorme carro les sirve de casa.

Son hombres frugales; se contentan con poco, y hambre; alguna vez se dan un festín con caza silvestre, que asan medio enterrándola en el suelo. No abandonan la pradera mientras dura la buena estación. Van avanzando por la inmensa llanura, por aquellas tierras vírgenes, luchando denodadamente contra todos los obstáculos, batallando sin cesar con los indios, que los odian, y con las fieras, que codician el ganado.

Cuando las primeras nieves caen, emigran, se vuelven. ¿Se vuelven?... No todos, en verdad. Son muchos los que dejan sus huesos en aquellos campos, y algunos animales pasan de su poder al de los pieles rojas; pero ¿qué importa? Son incidentes insignificantes que no desalientan a los demás *cowboys* ni a los propietarios del ganado.

Para asemejarse más a sus colegas continentales del Sur, los gauchos, los vaqueros, en cuanto regresan a las poblaciones, se gastan en orgías desenfundadas la paga que reciben; pero tan pronto como se acerca la buena estación, ya están dispuestos a montar a caballo y volver a la pradera. Aquella vida libre, aventurera, llena de peligros, parece seducirlos, fascinarlos.

Bennie y Buck eran también *cowboys*; el primero, ya veterano, canadiense de origen, fue antes cazador de profesión; luego, minero en las minas de plata del Colorado, y después, perdidas

todas sus ganancias, y renegando de la civilización, se hizo vaquero. Era un hombre hermoso, el prototipo de los aventureros de la pradera: alto, musculoso, de fuertes brazos, ancho de pecho, enérgica cabeza, cubierta de espesa y larga cabellera negra no rizada, y con ojos oscuros de mirada penetrante y barba partida.

No había dejado el pintoresco traje de los cazadores de la pradera. En vez del sombrero de alas anchas usado por los vaqueros, usaba el gorro de piel de *raccoon*⁵ con la cola colgante a guisa de borla por un costado; llevaba el cuerpo cubierto por una zamarra de paño grueso azul oscuro, cinturón ancho de cuero con gran cartuchera, y del cual pendía uno de esos grandes y fuertes machetes que los yanquis llaman *bowie knife*, calzones de piel sin curtir y altas botas fuertes con espuelas mejicanas.

En cambio, su compañero, Buck, mucho más joven, tal vez diez o doce años menor, muy moreno, de barba incipiente y ojos negrísimos, tenía todo el tipo del hispanoamericano. Mejicano de origen, ávido de emociones y deseoso de correr aventuras, emigró muy joven y se trasladó a la parte occidental de los Estados Unidos atacado por la fiebre del oro.

Después de haber sido minero en Nevada y en el Colorado, con poca suerte a causa de su juventud e inexperiencia, se asoció, o mejor dicho, se juntó con Bennie para compartir sus peligros. Unido con él en la ciudad, quiso acompañarle también en la pradera, con la esperanza de medrar más en el oficio de vaquero.

Llegaron a hacerse inseparables, y ejercitaron sus rudas faenas durante dos estaciones seguidas en la falda de las Montañas Rocosas al servicio de un gran propietario de Lytton, y después habían pasado a prestar sus servicios al señor Harris, el más opulento ganadero de Alberta.

Salieron, pues, de Edmonton, ciudad pequeña junto al río Saskatchewan del Norte, con otros dos compañeros, al cuidado de doscientos bueyes y veinticuatro caballos, a

⁵ Raccoon: *Procyon lotor*, mapache boreal o racuna

primeros de marzo de 1897, y ya habían atravesado el río Athabasca en dirección al Lago de los Esclavos, a fin de pasar la estación en aquella hermosa parte de la pradera; pero en un encuentro con los indios, cayó muerto uno de sus compañeros, y el otro tuvo que retirarse más que a prisa al próximo poblado para curarse de una grave herida. Pocos días después acampaban en el sitio donde los hemos encontrado.

Al oír al herido, que ellos de buena fe creyeron muerto, pedir agua, los dos *cowboys* refrenaron los caballos y se quedaron contemplándole estupefactos.

—¡Cuerno de bisonte! ¿Me engañó el oído o soy víctima de alguna pesadilla? ¿Será posible que un hombre que ha sufrido tan espantosa mutilación, después de tres o cuatro horas dé todavía señales de vida? ¡Es el caso más extraordinario que he visto en mi vida!

—Pero ¿será él el que ha hablado? —preguntó Buck con viva emoción.

—Tu pregunta me prueba que mis oídos funcionan bien, que no estoy soñando, puesto que también lo has oído. Tenme el caballo, Buck, que voy a ver este milagro.

Dicho esto, Bennie entregó las riendas a su compañero y saltó a tierra, aunque sin abandonar su carabina. Con paso rápido, pero mirando atentamente alrededor y pronto a la defensiva, se aproximó al mutilado y se inclinó para examinarle.

El infeliz, después de haber pronunciado aquellas dos palabras y hecho el gesto que sorprendieron nuestros amigos, cual si tales esfuerzos le hubiesen extenuado por completo, indudablemente parecía muerto.

—¡Diablo! —murmuró el vaquero—. ¡Creo que ya no necesita nada! Pero...

Y desnudando su *bowie knife*, puso la límpida hoja ante la boca del supuesto cadáver. Al cabo de un instante el acero se empañó ligeramente con el débil aliento del herido.

—¿Qué? —preguntó con ansiedad Buck—. ¿Vive aún?

—Sí —respondió Bennie—. ¡Cuerno de bisonte! ¡Ya me parecía a mí imposible que un hombre tan fornido y que no parecía haber recibido otra herida, hubiera muerto tan súbitamente! Buck, amigo mío; quizá podamos salvarle.

—¿Lo crees así?

—El hombre es robusto, sólido, fuerte...

—Bueno, ¿y qué tenemos que hacer?

—Subirle a uno de nuestros caballos y llevárnoslo al campamento.

—Tal vez haya algún otro herido más.

—Por ahora cuidémonos sólo de éste. ¡Alza! ¡Ayúdame!

Buck saltó a tierra, trabó una con otra las bridas de los dos caballos, y se llegó a auxiliar a su compañero.

El herido fue delicadamente alzado, viéndose entonces que era un hombre fornido, de constitución robustísima, mucho más todavía que el propio canadiense; de anchos hombros, rostro audaz, ligeramente bronceado; miembros musculosos, de unos cuarenta años, y con barba larga, negrísima y poblada.

Podía ser un hispanoamericano o un europeo de las regiones meridionales.

Bennie y Buck, aunando sus fuerzas, le llevaron hasta el caballo más próximo y le colocaron en la silla, sujetándole convenientemente para que no cayese.

El herido no dio signo de vida durante la operación: lívido más que pálido, y con los ojos medio cerrados, parecía un cadáver.

—¡Pronto! ¡Al campamento! —ordenó Bennie—.

¡Afortunadamente, este desgraciado no ha recibido ni un balazo ni una herida de arma blanca o de flecha!

Se pusieron en marcha al paso para evitar al herido el traqueteo consiguiente, y sin incidentes y sin que el herido hubiera vuelto en sí, llegaron al campamento. Una vez allí, subieron al infeliz con mil precauciones al carro y le depositaron en un colchón a cubierto.

—Buck —dijo Bennie—. El señor Harris debe de habernos provisto de antisépticos, si no me engaño.

—Hay algodón fenicado, creo —repuso el joven.

—¡Dámelo pronto! ¿Hay también una esponja?

—Debe de haberla.

—Empápala bien con agua y tráela. Trataremos de calmar la inflamación.

Poco después el vaquero llevaba a su camarada cuanto le había pedido, más varios pedazos de tela.

Bennie pasó delicadamente la esponja por el desnudo cráneo para arrastrar la sangre coagulada que lo cubría. Repitió una y otra vez la operación, y a la cuarta el desdichado lanzó un suspiro y se estremeció violentamente.

—¡Bueno; nuestro hombre quiere volver en sí!

Limpiado el cráneo, lo cubrió con algodón fenicado, y luego vendó con mano hábil la cabeza. No podía hacer más, por carecer de otros recursos.

Luego colocó al herido en buena postura, procurando que la cabeza quedase más alta que el cuerpo, y esperó a que recobrase el conocimiento.

No habían transcurrido tres minutos, cuando el mutilado suspiró por segunda vez e hizo un ademán con ambos brazos como si rechazara o apartara algo.

—¡Vuelve en sí! —exclamó Bennie, que le observaba atentamente.

—¡Desgraciado! ¡Quizá sufra dolores espantosos!

—Así lo creo; pero curará; te lo aseguro.

En aquel instante, de los labios del herido salió un sonido ronco. Parecía hacer esfuerzos para despegar la lengua, a fin de pronunciar alguna palabra.

—¿Quieres beber? —preguntó Bennie, inclinándose hacia él.

Al oír la oferta, el mutilado hizo un esfuerzo y abrió los ojos, grandes, de pupilas negras, y miró con estupor al *cowboy*, en silencio por algunos instantes. Luego abrió los labios y pudo decir, no sin trabajo:

—¡Agua!

Bennie cogió una botella con agua mezclada con *whisky*, y la introdujo por el cuello en la boca del herido. Este bebió ávidamente varios sorbos, sonrió, y con un ademán dio las

gracias a los vaqueros.

—¿Puedes hablar? —interrogó Bennie.

El mutilado hizo un gesto afirmativo.

—¿Os asaltaron los indios?

—Sí —repuso el herido.

—¿Erais muchos?

—Cinco.

—¿Fueron muertos todos tus compañeros?

El desdichado negó enérgicamente con la mano, y luego tartamudeó un nombre.

—Ar... man... do.

—¿Qué significa eso? ¿Es un nombre extranjero?

—Sí.

—¿Han matado al que lleva ese nombre?

—¡No..., no! —repuso el herido con gran energía.

—¿Ha sido hecho prisionero por los indios?

—¡Sí..., sí!

—¡Cuerno de bisonte! —exclamó el *comboy* frunciendo el ceño—. ¿Y es un hombre ese Armando?

—Niño.

—¿Un muchacho?

—Sí.

—¿Y los indios le han robado?

—Sí.

—¡Bandidos! ¿Estaba herido?

—No.

—¿Y tus compañeros? ¿Fueron muertos todos?

—Lo supongo.

—Buck —dijo el canadiense—, necesitamos volver de nuevo a la ribera. Tal vez haya algún otro herido.

—Vamos al bosque —le dijo— para ver si alguno de tus compañeros necesita socorro. No temas nada. Los indios, a lo menos por ahora, no vendrán aquí; estate seguro de ello. Además que nuestra ausencia será breve.

El infeliz hizo un gesto de asentimiento, y con un tono de voz en que se sentía vibrar la angustia, murmuró:

—¡Armando!

—Sí, lo comprendo: estás inquieto por él; pero te prometo que no le abandonaremos. *Nube Roja* me conoce, y tal vez me teme.

—¡Gracias! —contestó el herido.

—¡Vamos, Buck! Veremos cómo acaba esta triste aventura.

Capítulo 3

Cola Abigarrada

LOS DOS VAQUEROS bajaron del carro, montaron en sus caballos, reunieron apresuradamente algunos animales que se habían diseminado por la pradera, obligándoles a juntarse con el resto del ganado, y partieron a galope hacia el bosque.

En quince minutos estaban junto al medio tumbado carromato, que se hallaba en el mismo estado, probando así que los indios no habían vuelto.

Los dos amigos buscaron en vano algún herido a quien socorrer, hallando pruebas fehacientes de lo recio de la lucha: varios indios muertos, caballos, cajas rotas, pedazos de lanza, no sólo junto al carro, sino hasta en el mismo bosque.

—La lucha ha sido recia, y temo que los lobos hayan completado la obra de los indios.

—Busquemos, Bennie. A veces los lobos, lo sabes mejor que yo, no se atreven a atacar a los heridos.

—Es verdad; pero oigo voces de socorro.

—¿Por qué no damos voces nosotros?

—Sería una imprudencia. ¿Quién nos asegura que no hay algún indio acechando?

—¿Lo crees así?

—Lo sospecho. ¡Ejem!

—¿Qué hay?

—¡El cadáver de un blanco!

—¿Dónde?

—¡Junto a aquel matorral!

Buck se aproximó rápidamente al cadáver. Era el de un

individuo aún joven, grueso y robusto. Yacía junto al matorral con las manos cubriéndose el rostro; también había sufrido el suplicio, la horrible mutilación capilar que el compañero salvado por los dos *cowboys*. Pero, además, tenía dos heridas de lanza en el pecho y un balazo en el cuello.

—¿Muerto? —preguntó Bennie.

—Ya helado. En este pobre cuerpo los indios han hecho un verdadero destrozo.

—Monta, pues, y vamos a buscar a los otros.

—¿Y los dejaremos a los lobos?

—Si tenemos tiempo, volveremos a enterrarle. Pero, aun así, dudo que lo sustraigamos a los dientes de los ladrones de cuatro patas.

—¿Por qué, Bennie?

—¿Has olvidado al muchacho?

—¿El prisionero de los indios?

—El mismo.

—¿Quieres salvarle?

—A lo menos, intentarlo. ¡Arriba! ¡A caballo! ¡Ya hablaremos de esto luego!

Buck se apresuró a obedecer, y los dos vaqueros continuaron su triste exploración, encontrando nuevos cadáveres de hombres blancos, hombres rojos y caballos. Los compañeros del mutilado tenían todos horribles heridas de *tomahawk*, la formidable hacha de guerra de los pieles rojas de la América septentrional.

Ya se disponían a regresar al campamento, convencidos de la triste suerte que había cabido a los emigrantes, cuando oyeron un grito angustioso que parecía el lamento de un niño.

—¿Qué es eso? —exclamó Buck muy asombrado.

—Parece el grito del pájaro burlón —respondió Bennie—; pero también podría ser una señal.

—¡Una señal! ¿De quién?

—Aguarda un poco, amigo, y estate preparado para luchar.

El canadiense se alzó sobre los estribos y registró atentamente con su perspicaz mirada el follaje de los árboles. Tras larga y concienzuda observación, logró distinguir un ave

de pluma gris, patas largas y negras y de aspecto estúpido y adormilado.

—Ahí está, entre las ramas de aquella encina negra, un pájaro burlón; una avecilla que se divierte en imitar los cánticos de las demás aves, y también el sonido que acabamos de oír y que parecía surgir del suelo.

—¿Qué quieres decir?

—¡Hum! ¡Ni yo mismo lo sé! ¡Cuerno de bisonte!...

—¿Qué hay, Bennie?

—¿No ves agitarse imperceptiblemente las ramas de aquel matorral de zumaque?

—Sí.

—Allí hay alguien que trata de escaparse sin nuestro permiso. ¡Mucho ojo, y no te muevas!

—Apunta al matorral.

El canadiense bajó de la silla, y se tendió en el suelo, y apoyando una oreja en tierra, escuchó cosa de un minuto. Al levantarse, su faz, de ordinario tan tranquila, revelaba cierta inquietud.

—¡Buck —susurró—, cuida de mi caballo y estate preparado! ¡Alguien se arrastra por allá!

El canadiense, conocedor de las costumbres de la pradera y los bosques, avezado a todas las astucias, dotado de agudísimo oído de cazador, no podía engañarse.

Encorvado para evitar más fácilmente alguna descarga imprevista, no ignorando que bastantes indios están provistos de excelentes fusiles de repetición, se dirigió silenciosamente hacia el bosquecillo de zumaque, el cual era bastante extenso.

Buck no le perdía de vista y tenía preparada la carabina.

Al llegar muy cerca del matorral se echó en el suelo, arrastrándose con infinitas precauciones para no revelar su propia presencia.

Luego, de pronto, se puso en pie de un salto y apuntando al medio del bosquecillo, gritó:

—¡Ríndete, bribón! ¡Ríndete, o te alojo una bala en el cráneo!

A tal intimación, pronunciada con tono firme de resuelta amenaza, se alzó un hombre entre las ramas, diciendo con voz

perfectamente tranquila:

—Mi hermano el rostro pálido, ¿no conoce ya a su hermano *Cola Abigarrada*?

El que así había hablado era un indio de buena estatura, como lo son generalmente todos los que pertenecen a la numerosa tribu de los crow, llamados también los atsina, que se enseñoreaban desde las montañas de Columbia hasta el lago Athabasca, y aún más al Septentrión, disputando la primacía a los blackfoot y a los paiutes del Nortés, ancho de pecho, cuello grueso, musculatura potente, pómulos salientes, la faz tatuada de rojo, nariz aguileña, boca grande con labios delgados, ojos pequeños y algo cóncavos de pupila negrísima, no llevaba un pelo en la cara; según la costumbre india, se los arrancan con sumo cuidado; pero, en cambio, llevaba una cabellera negra, larga y lacia que contrastaba con el rojo color de su cara.

Aunque los indios sometidos al dominio de los Estados Unidos abandonaron casi del todo la pintoresca indumentaria nacional, sustituyendo la antigua diadema de plumas con un cilindro sin fondo y las calzas adornadas de cabelleras con pantalones de hiladillo, así como la capa de piel de bison con una manta de lana, aquel indio llevaba aún su penacho de plumas, su collar de monedas de plata mejicana y de dientes de animales, el *mocasín*, o sea calzones terminados en punta y adornados con uñas de oso gris colgantes, y una casaca de piel desconocida, pintarrajeada y provista de una cola de varios colores, tal vez para justificar su sobrenombre de *Cola Abigarrada*.

Bennie lanzó sobre el indio una viva mirada para cerciorarse de qué armas disponía tan peligroso *hermano*; pero no le vio ninguna ni en las manos ni tras de él.

El piel roja sostuvo impasible el examen, conservando ante la mirada dura y escrutadora del blanco el aspecto grave y majestuoso, peculiar a los de su tribu.

—¡Calle! —exclamó el vaquero afectando viva sorpresa—. ¡Si es mi hermano *Cola Abigarrada*! ¿Cómo le encuentro aquí escondido? Hacía mucho tiempo que no le veía, y le creía en el sendero de la guerra con *Nube Roja*, para vengar las ofensas

hechas a su nación por los blackfoot.

—En efecto; hace mucho que no veo a mi hermano el rostro pálido. La última vez que lo vi fue en la estación de las hojas cayentes.

—Cierto —repuso Bennie sin abandonar por un instante el fusil y vigilando a su interlocutor—. Mi hermano rojo, ¿buscaba quizá la huella de los blackfoot?

—No; el *ikkischota*⁶ no ha sonado aún para congregarse a la tribu.

—¿Qué buscaba, pues, mi hermano?

—Acechaba la caza. Dentro de pocos días celebramos la danza del bison, y ya sabe mi hermano que este año está muy escasa la salvajina mayor.

—Pues yo creí que mi hermano seguía el sendero de la guerra.

—¿Y por qué creía tal cosa mi hermano, el rostro pálido?

—Porque he visto en la pradera, y no lejos de aquí, varios cadáveres.

El indio lanzó al *cowboy* una mirada centelleante, pero que duró menos que un relámpago, y replicó con su acostumbrada calma:

—¿Mi hermano ha visto cadáveres? Pues entonces debo apresurarme a volver a la tribu para advertir a *Nube Roja*. La gran madre de los blancos quiere que se respeten a sus súbditos y tenemos que vengarlos.

—¿Conoce mi hermano *Cola Abigarrada* a los asaltantes?

—Habrán sido los blackfoot.

Bennie soltó la carcajada.

El indio le miró foscamente, y luego, cruzando los brazos, replicó irónico:

—Mi hermano, el rostro pálido, está alegre. Se conoce que tiene en su carro buena provisión de *agua de fuego*.⁷

⁶ *Ikkischota*: Silbato de guerra formado con una tibia humana. También llamado: *I'k'oce war'axue*, (crow), *lh-koschka* (númangkake), y *ikiázis*, (blackfoot).

⁷ *Agua de fuego*: Aguardiente.

—No; no he tenido tiempo esta mañana de beber *whiskey*. Me río porque mi hermano el piel roja me cree muy cándido.

—¿Qué quiere decir mi hermano?

—Sencillamente que conozco a los indios que han asesinado a los blancos.

—¡Hola! —exclamó el indio sin perder un átomo de calma—. Entonces mi hermano me lo dirá.

—Cierto.

—¿Quiénes fueron?

—Los *atsina*.

—¡Ah, perro! —aulló el piel roja, haciendo ademán de bajarse como para coger algo del suelo.

Pero el vaquero no le perdía de vista, y, apuntándole al pecho, dijo con amenazadora firmeza:

—¡Quieto, o mueres!

El indio comprendió que la más mínima resistencia le costaría la vida, y, enderezándose de nuevo, se cruzó otra vez de brazos, y repuso con su impasibilidad habitual, que sólo por medio minuto parecía haberle abandonado:

—¿Es la guerra lo que mi hermano blanco desea? ¿No sabe que *Cola Abigarrada* es un guerrero respetado en su tribu y que su muerte sería vengada?

—Lo sé —contestó el *comboy*—; y ni deseo la guerra con los *atsina* ni tengo la menor intención de matar a mi hermano rojo. Sólo quiero que me siga al campo y que me sirva de rehén hasta que yo haya hablado con *Nube Roja*.

—¡Yo prisionero!

—Sí, querido; y te advierto que si te obstinas en no seguirme, me veré obligado a alojarte en el cuerpo la bala de mi carabina.

—¿Y qué hará conmigo mi hermano el rostro pálido?

—Absolutamente nada. Mi hermano comerá en mi mesa, fumará cuanto quiera, beberá *whiskey*, que aún me queda algo, y nada más. ¿Ha comprendido mi hermano? La disyuntiva es ser mi huésped por unas horas o recibir un balazo en el corazón.

—¿Y cuándo podré, volver a mi tribu?

—Muy pronto, si *Nube Roja* es razonable.

—¿Y podré llevar mis armas conmigo?

—No; déjalas donde están, y vendrás a buscarlas cuando hayas dejado de ser mi huésped. El *whisky* puede trastornarte la cabeza, y en un momento de extravío podría inducirte a arrancarme la cabellera, cosa que no me place, pues por ahora conservo apego a mi cabello, atendiendo a que en la pradera no se encuentran las pelucas entre el *buffalo grass*. ¡Ea! ¡Ya hemos hablado bastante por ahora! Venga mi hermano el piel roja a comer con nosotros. Después de todo, un buen pedazo de bisonte asado vale mucho más que una bala en el estómago.

El indio le miró en silencio con ojos de donde brotaba oscura llama, reveladora de su deseo de acabar con su hermano blanco; pero hizo un ademán con la cabeza, y dijo brevemente:

—¡Sea!

—Me alegro de que se haga razonable mi hermano *Cola Abigarrada* —contestó sonriendo Bennie—. Sal pues, de ese matorral y anda delante de nuestros caballos. Te serviremos de escolta de honor.

El crow obedeció, aunque a regañadientes. Bennie le vigilaba con cuidado. Llegaron al lado de Buck; el canadiense saltó a la silla de su caballo y salieron del bosque, internándose en la pradera.

El indio iba delante de los caballos al paso largo habitual en los pieles rojas, quienes, si son habilísimos y consumados jinetes, son también incansables andarines, capaces de recorrer una distancia de cien kilómetros en una noche.

No daba indicios de inquietud ni de miedo, pues los indios tienen a menos mostrar sus sentimientos a los adversarios, y se revisten de una máscara de impassibilidad e indiferencia para hacer ver que son valientes; pero sus ojos escrutaban los alrededores del camino con particular atención, y, fingiendo distracción, no perdía de vista un solo movimiento de los *comboys*, prontos a aprovechar cualquier descuido para escapar.

Pero Bennie conocía con quién tenía que habérselas, y si el piel roja le espiaba, él no separaba un segundo la vista del prisionero, con el fusil preparado por lo que pudiera acaecer.

Por su parte, Buck, mejicano, como sabemos, había preparado el lazo, una larga cuerda de piel trenzada, que

manejan sus compatriotas con sin igual destreza para cazar a la carrera los potros salvajes y los bueyes, y que hubiera servido para capturar al indio si hubiera cometido la imprudencia de intentar la fuga.

Al llegar al carro oyeron al herido, que preguntó con voz aún débil:

—¿Sois vosotros, amigos? *Cola Abigarrada* se detuvo bruscamente, y mirando con fijeza a los vaqueros, exclamó:

—¿Quién es el que está en vuestro campo?

—Un conocido tuyo —respondió sonriendo Bennie.

—¿Un rostro cálido?

—Sí.

—¿A quién yo conozco?

—Así lo creo.

El vaquero descendió del caballo, haciendo previamente señal a Buck para recomendarle que vigilara al indio, y entró en el carro. Él mutilado se irguió para recibirle, e hizo un esfuerzo para sonreír. Trató en seguida de hablar, pero Bennie le interrumpió:

—¡No temas, amigo! El muchacho será pronto libre.

—¿Le habéis visto?

—No; pero antes que se oculte el sol habré visto a *Nube Roja*.

—¿Y lo consentirá?

—Así lo espero, aunque solo sea para salvar la vida de *Cola Abigarrada*. Hemos hecho una buena presa, que nos permitirá salvar al chiquillo.

—¡Ah!

—¡Déjame hacer, amigo! Prometo salvarle.

—¡Me temo que le hayan matado antes que puedas tratar con *Nube Roja*!

—Si se tratase de un hombre, no daría una sola pipada a estas horas por su pellejo; pero afortunadamente se trata de un muchacho, y los indios tienen la buena costumbre de adoptarlos en vez de matarlos. Descansa tranquilo; y si necesitas algo, pídelo.

—¡Gracias! —contestó el herido, tendiéndose de nuevo.

—¿Padeces todavía mucho?

—¡Oh, sí; bastante!

—Lo creo; pero no lo dudes; curarás.

El *cowboy* le acercó una cantimplora de agua con *whisky*, y le recomendó que no se moviera y bajó del carro.



www.rohpress.com